

DOS MEXICANOS VISTOS POR SI MISMOS:
REYES Y ABREU GOMEZ

POR

GEORGE D. SCHADE
University of Texas, Austin

Ninguna descripción equivale en dificultad o en utilidad al retrato completo de uno mismo ... Yo describo principalmente en mis Ensayos a mí mismo completo y desnudo ... Todo lo que vale en este mundo es el yo. —Montaigne

Me dirán quizá que esta preocupación sólo me toca a mí; pero no, Samuel Pepys o J. J. Rousseau, mediocre o excepcional, si un individuo se expone a sí mismo con sinceridad, todos, más o menos, se hallan en el juego. Imposible iluminar la vida de uno sin aclarar, por aquí o allá, la vida de los demás. —Simone de Beauvoir, La force de l'âge

I

Leer autobiografías o memorias satisface una curiosidad universal acerca de la manera de vivir de otras personas, en especial, las que tienen algún renombre. Otra razón para explicar el interés que sentimos al leer autobiografías de otros radica en las palabras arriba citadas de Beauvoir, que captan muy bien este fenómeno: el relato que el autor hace de su vida tiene la virtud de reflejar, aunque de manera parcial u oblicua, la vida del lector.

Estudiar autobiografías también es provechoso e interesante, aunque puede resultar complicado. ¿Dónde empezar? ¿Dónde poner límites? Entre alguna crítica contemporánea se incluye en la autobiografía casi todos los géneros en los cuales el autor hable de sí; pero en este breve estudio adheriré a lo que

¹ Ver, por ejemplo, los libros de William C. Spengemann, *The Forms of Autobiography* (Episodes in the History of a Literary Genre), New Haven: Yale University Press, 1980;

tradicionalmente se ha considerado como obras autobiográficas, es decir, la memoria y la autobiografía misma.

Las varias formas autobiográficas, que incluyen el diario íntimo y la novela autobiográfica, han florecido mucho en ciertos países europeos como Francia, Inglaterra y Alemania, y también en Estados Unidos. España, en cambio, presenta en su tradición literaria una relativa pobreza de estas obras autoanalíticas. Guillermo de Torre trata de explicarlo, y se pregunta si no es por reticencia, pudor o desconfianza². Estas razones valen también para la literatura hispanoamericana, como atestigüa Angel Rama³. Pero esta pudibundez, que sólo desaparece recientemente en la época actual en Hispanoamérica, empezaba a quebrarse a principios del siglo XX con algunos modernistas, al tratar las relaciones amorosas, notablemente en las memorias y diarios de Enrique Gómez Carrillo y de Rufino Blanco Fombona⁴.

Sylvia Molloy en un acertado artículo sobre "Aspectos del discurso autobiográfico en la Argentina", aclara que las llamadas autobiografías "privadas" escasean en Hispanoamérica: "los relatos en primera persona que trazan un recorrido individual y que se basan en la introspección⁵. También agrega otras observaciones agudas como la siguiente: "En cuanto al supuesto pudor, o reticencia a sincerarse (sea o no rasgo comunitario) que explicaría la escasez de autobiografías, olvidan los críticos que la primera persona no es necesariamente aval de sinceridad"⁶.

Lo mismo ha pasado en México que en Argentina y otras partes de Hispanoamérica con respecto a la autobiografía de índole introspectiva. Hay relativamente pocos ejemplos de mucha significancia. En la época colonial podemos citar contadas excepciones, como la famosa *Respuesta a Sor Filotea* de

Elizabeth W. Bruss, *Autobiographical Acts: The Changing Situation of a Literary Genre*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1976; o Georges May, *L'Autobiographie*, Paris: Presses Universitaires de France, 1979.

² Guillermo de Torre, "Memorias autobiografías y epistolarios," en *Doctrina y estilística literaria*, Madrid: Guadarrama, 1970, pp. 595-614.

³ Angel Rama, "Prólogo" a *Rufino Blanco Fombona. Intimo*, Caracas: Monte Avila, 1975, p. 11.

⁴ Ver, especialmente, entre los textos autobiográficos de Blanco Fombona, *Diario de mi vida. La novela de dos años (1904-1905)*, Madrid, 1929, y *Camino de imperfección. Diario de mi vida (1906-1913)*, Madrid, 1933, y de Gómez Carrillo, los tres volúmenes de sus memorias: *Treinta años de mi vida*, Buenos Aires: Casa Vaccaro, 1921.

⁵ Esta nota está tomada de una ponencia leída por Sylvia Molloy en el Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana en París, 1983, p. 1 del manuscrito.

⁶ *Ibid.*, p. 2.

Sor Juana. A partir del siglo XIX, la cosecha tampoco es muy abundante, aunque existen varias tentativas valiosas en el género. Por ejemplo, encontramos, en el período naturalista/modernista de fines del siglo pasado y principios de éste dos obras de Federico Gamboa dignas de lectura y estudio, sus tempranas *Impresiones y recuerdos* (1893) y su obra monumental publicada en cinco tomos *Mi diario* (1908-1938)⁷. Además, el poeta modernista/vanguardista José Juan Tablada publica sus memorias en su vejez, *La feria de mi vida* (1937)⁸.

Es en la época contemporánea, partiendo de 1950 donde se destacan en México unas memorias de sumo interés, dos breves libros de Alfonso Reyes: *Parentalia: Primer libro de recuerdos* (1958)⁹, y *Albores: Segundo libro de recuerdos* (1960)¹⁰, éste último publicado póstumamente, y tres volúmenes de Ermilio Abreu Gómez: *La del alba sería ...* (1954), *Duelos y quebrantos; memorias* (1959) y *Andanzas y extravíos; memorias* (1965)¹¹. La autobiografía de Reyes sólo incluye sus días infantiles, porque muere antes de terminar lo que había proyectado. El primer tomo de Abreu Gómez se limita a sus años de niñez y juventud pasados en la provincia. El segundo volumen retraza su vida madura en la capital de México en los años difíciles que van de 1919 a 1937, cuando muere su primera esposa. el último tomo reúne sus recuerdos de viajes hechos por el continente americano.

Aunque los tres libros de Abreu Gómez son valiosos y de muy amena lectura, por cuestiones de tema y tiempo, voy a limitarme en este estudio a hablar casi exclusivamente de su primer volumen de memorias, *La del alba sería ...*, que me parece el mejor y que tiene en común con la obra de Reyes el énfasis sobre la niñez y la provincia. Mediante un breve análisis de estas obras autobiográficas (dos de Reyes y el primero de Abreu Gómez), veremos cómo dos mexicanos distinguidos

⁷ José Emilio Pacheco ha publicado esta obra en una edición bastante reducida y manejable, con un prólogo excelente, *Diario de Federico Gamboa (1892-1939)*, México: Siglo Veintiuno, 1977.

⁸ Tablada, *La feria de mi vida (Memorias)*, México: Ediciones Botas, 1937.

⁹ La primera parte de este libro se publicó antes con el mismo título pero un subtítulo diferente: *Parentalia, Primer capítulo de mis recuerdos*, México: Los Presentes, 1954.

¹⁰ Cito por las ediciones completas de los textos de Reyes; *Parentalia: Primer libro de recuerdos*, México: Tezontle, 1958, y *Albores: Crónica de Monterrey I: Segundo libro de recuerdos*, México: *El Cerro de la Silla*, 1960. También del libro de su nieta Alicia Reyes, *Genio y figura de Alfonso Reyes*, Buenos Aires: Eudeba, 1976. Abrevio respectivamente PAR, ALB y G y F.

¹¹ Los tres volúmenes de estas memorias de Abreu Gómez fueron publicados por Ediciones Botas en México. Cito sólo del primero, *La del Alba sería ...* que abrevio LAS.

recuerdan su pasado, a sus familias y amigos, sus alrededores y su época, y lo que nos interesa quizá más en cualquier estudio de la autobiografía hoy en día, cómo se ven a sí mismos.

II

El deber más santo de los que sobreviven es honrar la memoria de los desaparecidos. —Ausonio, *Parentalia*

Muchas autobiografías de antaño comenzaban con largas consideraciones genealógicas. Edward Gibbon, el escritor inglés e historiador del imperio romano, consagra todo el primer capítulo de sus memorias, una décima parte de su libro, a discurrir sobre sus antecesores¹². En Hispanoamérica, en el siglo XIX, podemos citar como ejemplo de esta obsesión genealógica los conocidos y admirables *Recuerdos de provincia* (1850) de Domingo Faustino Sarmiento, que destina a sus antepasados mucho más espacio, a lo menos la mitad de su obra. Hoy en día ha caído esta tendencia casi en desuso, o si la genealogía del autor se evoca, puede ser de manera algo irónica y censurable, como en *Les Mots* de Jean-Paul Sartre, donde la abuela del autor francés sale como figura monstruosa¹³.

Alfonso Reyes, sin embargo, se complace utilizando esta técnica, genealógica en sus memorias. No sólo le dedica nutridas páginas, a la manera sarmientina, sino, todo el primer volumen. Así, aunque nos confiesa en las líneas iniciales de *Parentalia* que había planeado empezar sus memorias con su propio nacimiento, luego se desdice al remontarse a los tatarabuelos. En lo que llega a ser el primer capítulo de la edición definitiva, Reyes retrata rápidamente a sus bisabuelos y abuelos y a su madre, para entregarse luego plenamente a repasar con muchos pormenores la vida y especialmente las virtudes de su padre. Siguiendo el precepto del poeta latino Ausonio —de donde sacó el título para este primer libro de memorias— Reyes muestra gran reverencia por sus antepasados. Al llegar a hablar de su padre, el tono se vuelve de franca adoración. El escritor sigue los pasos y aventuras militares, primero del abuelo, pero sobretodo del padre, a través de más de cien páginas (las partes II y III del volumen), cerrando su retrato paternal con un largo encomio y citando los versos sentidos y algo extravagantes de Jorge Manrique:

¹² Edward Gibbon, *Memoirs of My Life*, Edited from the manuscripts by Georges A. Bonnard, New York: Funk & Wagnalls, 1966.

¹³ Jean-Paul Sartre, *Les Mots*, París: Gallimard, 1964.

Y ciertamente, aquel extraordinario varón —hermoso por añadidura— era, además de sus virtudes públicas y su valentía y su pureza, un temperamento de alegría solar, una fiesta de la compañía humana, un lujo del trato, un orgullo de la amistad, una luz perenne y vigilante en la conciencia de los suyos. Diremos con Jorge Manrique: “No dejé tesoros, riquezas, ni vajillas”.

En cambio:

¡Qué amigo de sus amigos!
 ¡Qué señor para criados y parientes!
 ¡Qué enemigo de enemigos!
 ¡Qué maestro de esforzados y valientes!
 ¡Qué seso para discretos!
 ¡Qué gracia para donosos!
 ¡Qué razón!
 ¡Qué benigno a los sujetos,
 y a los bravos y dañosos,
 un león! (PAR, 167)

Mucho de lo que narra Reyes en *Parentalia* se lo contaba su padre cuando él era niño, a la hora de la siesta, haciéndole ver las grandezas y las miserias del soldado” (PAR, 124). En el primer capítulo de la tercera parte, “Charlas de la siesta”, que Reyes había publicado una década antes¹⁴, nos regala el autor con unas observaciones perspicaces y poéticas sobre la memoria —tan indispensable en toda autobiografía— y cómo funciona. También nos relata como él, de niño, excitaba el recuerdo del padre, abriéndole la memoria, ese “viejo arcón prestigioso, aromatizado de años” (PAR, 68), para que se largara a hablar:

Los antiguos hablan mucho del Leteo, río infernal del olvido. Pero, ¿y el torrente de la memoria? Quien se deja impregnar por sus aguas paradisíacas parece bañarse en sí mismo y sale siempre recuperado. Esta ablución purificadora debiera practicarse metódicamente como un ejercicio espiritual. Acaso la vida tenga por fin inmediato el crear un poso de recordaciones. La persona es una unidad algo movедiza, y como el mismo “medio patrón”, necesita rectificarse periódicamente comparándose consigo misma A veces, recordar es amargo,

¹⁴ La nota que pone Reyes al principio de la parte III de su *Parentalia* dice así: “Los fragmentos núms. 1 a 6 aparecieron en el semanario *Todo* (México, 27-V a 15-VII-1948); y el núm. 10 en *Novedades* (México, 24-IV-1949). El I se publicó también bajo el título “Evocación paterna: Charlas de la siesta”, en *Repertorio Americano*, San José, Costa Rica, 20-IX-1948.”

pero nunca inútil, salvo en los trances enfermizos de la idea fija ... Lo que sé es que mi padre solía restablecerse cuando yo le administraba la excitación del recuerdo ...

Hablando, hablando, mi padre volvía a ser quien era. Brotaba de él aquel magnetismo que todos sintieron en su presencia ... Y así, las sencillas charlas de la siesta cumplían el doble prodigio de devolverme ileso a mi padre, y de poblar mi imaginación con perdurables estímulos. (PAR, 66-57)

Pero el lector se impacientará por llegar al nacimiento del propio Alfonso, al enfoque más personal e íntimo que vendrá después en el segundo libro, *Albores*. Todas las campañas y hazañas militares del padre nos parecen relativamente de poco interés al lado de la figura gigantesca del hijo que estamos esperando ver, pero entendemos su pasión y fervor de niño por la figura dominante del padre en su vida, y también la tremenda herida que le dejó la repentina y violenta muerte del militar durante la Revolución mexicana.

Indudablemente, la sección más sabrosa y graciosa de *Parentalia* —estos dos adjetivos vienen tal vez al caso en cualquier discusión de la obra de Reyes— es la que forma la primera parte y que consta de nueve capitulitos. El libro está dedicado a la madre del escritor, doña Aurelia Ochoa de Reyes. En la dedicatoria también incluye sus intenciones de escribir con sinceridad y su confesión de que, a lo mejor, la historia parecerá mezclada con la leyenda:

Muchas veces me pediste un libro de recuerdos; muchas veces intenté comenzar, pero la emoción me detenía. Hubo que esperar la obra del tiempo. Tu ya no leerás estas páginas. Tampoco aquellos amigos de la fervorosa juventud que han ido cayendo uno tras otro. Me aflige pensar que mis confesiones se entregan “a las multitudes desconocidas”. Escribo para ti. Rehuyo cuanto puedo los extremos de la pasión y la falsedad, aún cuando esta historia —como todas— parezca al pronto algo sollamada de leyenda.

Todo el libro de *Parentalia* mantiene una estructura cuidadosa, dividida en tres partes (I. Primeras imágenes, II. Milicias del abuelo, y III. Enseña de Occidente), y cada parte está dividida en capítulos muy cortos con títulos alusivos a la anécdota o a la persona, enfocada en la narración. Entre los más graciosos e interesantes de “Primeras imágenes” se cuenta #2, “Pueblo americano” donde nos revela la existencia de un posible antecesor de la nobleza española “que partía naturalmente de las Cruzadas” (PAR, 15) y de un escudo que andaba por ahí olvidado en la biblioteca de su padre. El chico tenía sus dudas sobre esas grandezas, pero le divertía “el contar con alguna hermosa mentira como punto de arranque. A falta de una prehistoria establecida, como a los griegos, me hubiera bastado una

mitología" (PAR, 16). Después el padre le corta estas vanidades y manda quemar toda su inventada nobleza, lo que le lleva a ponderar una serie de cosas sobre sí mismo que sintetiza admirablemente: su estado de mente común más bien que noble, su destino de viajero, su gran vinculación con la gente en todas partes, sus raíces profundamente mexicanas, templadas siempre por un hondo sentido de universalidad:

Pueblo me soy: y como buen americano, a falta de líneas patrimoniales me siento heredero universal. Ni sangre azul, y ni siquiera color local muy teñido. Mi familia ha sido una familia a caballo ... Mi arraigo es arraigo en movimiento. El destino que me esperaba más tarde sería el destino de los viajeros. Mi casa es la tierra. Nunca me sentí profundamente extranjero en pueblo alguno ... Soy hermano de muchos hombres, y me hablo de tú con gente de varios países. Por dondequiera me sentí lazado entre vínculos verdaderos. (PAR, 16)

En *Parentalia* Reyes trata de conseguir el sentido de sí a través del trabajo de reunificación del cuadro familiar y de su pasado migratorio (de España a Nicaragua, a Guadalajara, y finalmente, a Monterrey, donde él nace). El libro presenta, pues, el marco histórico y genealógico que nos empieza a armar la figura del autobiógrafo. Este primer volumen de recuerdos nos devuelven a un Reyes selectivo del pasado, donde la figura de su padre sale muy clara y en primer lugar. Los otros antepasados delineados, con la excepción de la madre, quedan más bien desdibujados. Pero, como dice el mismo autor: "No he querido más que trazar siluetas. He de volver sobre algunas de ellas en el curso de mis recordaciones." (PAR, 38)

III

Tous mes souvenirs d'enfance sont bien puérils, mais si chacun de mes lecteurs fait un retour sur lui-même en me lisant, s'il se sent redevenir enfant pendant une heure, ni lui ni moi n'auront perdu notre temps; car l'enfance est bonne, candide, et les meilleurs êtres sont ceux qui gardent le plus ou qui perdent le moins de cette candeur et de cette sensibilité primitive. —George Sand, Histoire de ma vie.

Entre los temas autobiográficos probablemente el recuerdo de la infancia es uno de los más populares. Se entiende bien si el autobiógrafo se demora mucho

sobre los días de la niñez como queriendo resucitarlos y eternizar ese pasado tan querido. Reyes está consciente del valor de esos primeros años y muestra un evidente placer al demorarse mucho en su infancia. En *Albores*, no llega a terminar de evocar esos años, porque la autobiografía queda truncada con su muerte.

Albores, con sus dos subtítulos *Crónica de Monterrey I* y *Segundo libro de recuerdos*, tiene una estructura parecida a la de *Parentalia*. Hay la misma división en capítulos referentes a la anécdota o al personaje enfocado en la narración, pero ahora el centro de lo narrado pasa a ser Reyes mismo. Lo alusivo a personajes y casas donde vivía la familia suya en Monterrey gira en torno al autobiógrafo para enriquecer su presencia y su significancia.

Como pasara también en *Parentalia*, muchos capítulos de *Albores* fueron publicados anteriormente en revistas, periódicos o libros suyos. Reyes aclara esto en unas notas al final de su volumen donde confiesa en las primeras líneas la omnipresencia de la materia autobiográfica en su prolífica obra: "Imposible indicar las muchas referencias a escenas y recuerdos de mi vida que andan por toda mi obra" (ALB, 157). Pero señala a continuación una serie de capítulos de *Albores* que aparecieron antes en otras partes, como "El cocinero de mi niñez," y "El Napoleón de los niños", escritos en Madrid en 1915 y publicados de nuevo con algunos retoques; "El equilibrio efímero", que data de París, 1925, o "Donde Indalecio aparece y desaparece", compuesto en Teresópolis, Brasil en 1932, y aparecido en revistas y después en sus libros *Verdad y mentira* (1950) y *Quince presencias* (1955), (ALB, 159-160). También incluye en el capítulo 4, "La casa Degollado", una lindísima evocación de esa primera casa que recuerda y que queda en su memoria como la única verdadera casa de su vida, escrita casi medio siglo atrás en 1913. Ahora, por 1959, último año de su vida, Reyes está escribiendo, volviendo a escribir con unos retoques, y ordenando estas memorias infantiles. A pesar de la gran disparidad de fechas en la composición de estas memorias, la unidad del libro no está afectada. Siguen los capítulos, uno tras otro, sin transiciones abruptas ni grandes cambios de estilo. Aunque hay momentos, como en su ensayo ditirámico a la casa de la calle Degollado, que se atreve a reproducir, como él dice— "no obstante sus excesivos alardes de prosa poética y aun cuando quedó a medio escribir" (ALB, 37).

Albores se inicia con un proemio de nueve páginas donde Reyes se sirve del diálogo, recurso técnico antes comúnmente usado en autobiografías como en la de Goldini y la de Casanova¹⁵. En Hispanoamérica el diálogo está muy bien empleado

¹⁵ Carlo Goldoni, *Memorie*, en *Tutte le opere di Carlo Goldoni*, Milano: Mondadori, I, 1935, pp. 1-619; Jacques Casanova, *Mémoires*, 1744-1756, edit. por René Démoris, París: Garnier-Flammarion, 1977.

en las memorias de Gómez Carrillo, en especial en el volumen II (*En plena bohemia*) y III (*La miseria en Madrid*), donde el escritor modernista conversa y dialoga con su mujer y con varios autores famosos, como Oscar Wilde. Pero, para Reyes, el diálogo funciona de otra manera. Hace hablar a su hermano mayor Rodolfo, que le lleva once años y que le puede contar muy bien de todos los vecinos, los amigos y el ambiente en que pasó sus primeros años, para que Alfonso pueda figurarse mejor lo que era aquel mundo. Esta conversación con Rodolfo tiene lugar en Bilbao, España, por 1919, y reconstruye para el autobiógrafo la primera casa donde vivió durante su primer año de vida, la casa de Bolívar en Monterrey. Reyes toma, pues, el diálogo como pretexto para entrar al recinto mágico y ensoñador del recuerdo que no le pertenece y, a través de las voces dialogantes, empieza a irse hacia el pasado remoto, recuperando escenas, personajes, y casas.

La casa, sobre todo, llega a ser un *leitmotiv* importante en sus memorias y se multiplica en significados: Después, en los capítulos 3, 4 y siguientes de *Albores*, aparece la *Casa Degollado*, “la verdadera casa de mi niñez” (ALB, 27). Es su origen perdido, es el origen de su peregrinación, y persigue su reconstrucción mental y vivencial por todo el libro. A pesar de cuantas casas ha conocido en México y en muchos países del extranjero, esta casa en Monterrey sigue siendo la única casa para él, la que contiene sus raíces y sus sueños, Ni su linda casa/taller o casa/biblioteca, que después se transformará en la Capilla Alfonsina, donde está escribiendo estas memorias, se puede comparar con ella. Nos confiesa que echa de menos “las perspectivas hacia el campo y hacia la montaña,” (ALB, 37) y la compañía de sus árboles, y que sueña morir bajo un árbol (ALB, 37). Reproduzco un trozo de su himno a la Casa Degollado, escrito en París en 1913:

No he tenido más que una casa. De sus corredores llenos de luna, de sus arcos y sus columnas, de sus plátanos y naranjos, de sus pájaros y sus aguas corrientes, me acuerdo en éxtasis. De esa visión brota mi vida. Es raigambre de mi conciencia, primer sabor de mis sentidos, alegría primera, y ahora en la ausencia, dolor perenne. Era mi casa natural, absoluta ... Las casas que después he habitado me eran ajenas. Arrojado de mi primer centro, me sentí extraño en todas partes. Lloro la ausencia de mi casa infantil con un sentimiento de peregrinación, con un cansancio de jornada sin término. Me veo, sobre el mapa del suelo, ligado a mi casa a través de la sinuosa vida. Su puerta parece ser la Puerta que anhelo ...

Todavía gritan en mi corazón los pavos reales de la huerta; despliegan ante mi memoria su vistoso abanico ...

Las sombras de la espaciosa sala todavía me infunden curiosidad y temor a un tiempo mismo. Hay la idea, para los niños, de que en toda sombra alguien se esconde. (ALB, 37-38)

Además de la casa que parece dominar estas memorias infantiles, hay breves capítulos dedicados a personajes importantes en su niñez, como la nodriza, algunos vecinos queridos, una criada abominable que le atemorizaba y castigaba y que fue expulsada luego por la madre, sus hermanos (era uno de doce), etc. Al final del capítulo sobre éstos, nos relata que sólo le quedan dos cuando escribe estas líneas: "Otilia —madre y abuela de larga prole, abrazada siempre a su Ramón, el más bueno de los hombres— y Alejandro, aquí, al otro lado de mi mesa, contemplándome con melancolía y ayudándome con mis soledosas evocaciones" (ALB, 48). Así, no sólo se ha servido del hermano mayor Rodolfo, muchos años antes, para establecer las líneas del proemio, sino también del hermano menor que perdura para ayudarlo a precisar y recordar detalles para estas memorias.

En los últimos capítulos de *Albores* Reyes se dedica a discurrir sobre las varias diversiones de su niñez, evocando los circos, "diversiones al aire libre", y "diversiones bajo techado". Entre estos, hallamos este hermoso pasaje donde observamos la nostalgia retratada con la imaginación del poeta:

Una expedición a los desvanes es cosa para hacer soñar a cualquiera. Allí están el andador de los primeros pasos, el velocípedo de las primeras carreras, la silla infantil con mesita de quita y pon, la pelota desinflada, las butacas desvencijadas; todo a medio desaparecer, medio dormido. Además, el miedo rondaba los desvanes, propia habitación de fantasmas. Una enorme araña invisible, resumen de todas las diminutas arañas que corrían por todas partes, parecía ir envolviendo en su lenta baba transparente todos aquellos desechos de la vida. (ALB, 138)

A diferencia de la mayoría de las memorias de la niñez y de la juventud, Reyes no habla en la suya sobre sus colegios ni de los libros que leía en ese tiempo, con alguna que otra excepción, porque las memorias que iban a seguir con otros volúmenes se truncaron con su muerte. El lector desilusionado en este punto sólo tiene que consultar el libro de Alicia Reyes, *Genio y figura de Alfonso Reyes*, donde la nieta del escritor reproduce media docena de páginas sobre "el leer y escribir", que tenía su abuelo destinadas para su tercer libro de memorias, que llamaría *Crónica de Monterrey II*. Estas páginas, de gran interés, están compuestas en prosa precisa y cristalina, llena de la sabiduría de la vida, gracia y simpatía que forman la obra autobiográfica del maestro mexicano. Y en vísperas de su ocaso, ofrecen una nota de nostálgica tristeza mezclada con la exuberancia y gozo de vivir típicos de *Parentalia* y *Albores*. Cerraré estos apuntes sobre Reyes citando algunos trozos que me parecen significantivos por la vitalidad de su estilo y porque nos revelan sus primeros amores a los libros y a escribir:

Heme, pues, inclinado sobre los libros. Siempre he dicho que el peligro de

aprender a leer está en que se da en escribir, y por escribir me dio muy pronto; y el ser escritor llegó a parecerme el oficio más natural del mundo, o mejor aún, función tan indispensable como el comer y el beber. (G y F, 31-32)

Naturalmente, leí una inmensa cantidad de boberías destinadas a los niños — no tan abominables como los pasquines de hoy— y algunas colecciones de cuentos clásicos, sacados de Perrault o bien de Las mil y una noches, como aquellas inolvidables aventuras de “Simbad el Marino”, suerte de Odiseo semita. ¿Fábulas? ¡Desde luego, para mi ventura! Quien no ha transitado por su Samaniego, su Iriarte, su La Fontaine si es hijo de Francia, sus “rimas disparatadas” o su “Alicia” si pertenece al mundo inglés, etc., está irremediamente desterrado de la civilización. (G y F, 32)

En adelante nos cuenta cómo gozaba con la biblioteca bien extensa de su padre, “cuyo intenso temperamento literario fue sofocado por las obligaciones militares y cívicas” (G y F, 35). Esta biblioteca llegó a ser el refugio de su fantasía:

Leí a una edad inverosímil *La Divina Comedia*, traducción de Cheste, más bien por el deseo de comprender las estampas; y eso sí, señores, leí el *Quijote* con las admirables ilustraciones de Doré, en una edición tan enorme que me sentaba yo encima del libro para alcanzar los primeros renglones de cada página. Descubrí el *Orlando Furioso*; descubrí al Héine de los *Cantares*, y aún trataba yo de imitarlo, así como a Espronceda; descubrí mi inclinación literaria. Todo esto, por de contado, se leía en el suelo, modo elemental de lectura, lectura auténtica del antiguo gimnasio, como todavía nos lo muestran los vasos griegos de Dipilón.

En el suelo leía yo también los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós y, por más señas, tumbado bajo la inmensa mesa familiar y escondido bajo aquellos manteles que Homero llamaría “rozagantes”, porque arrastraban hasta el suelo. Me importunaba, en efecto, que interrumpieran mis lecturas cuando me llamaban a comer, y éste era mi mejor escondite. (G y F, 34)

Finalmente, nos regala Reyes una síntesis sobre sus años escolares y hábitos de lectura, destacando la esencial diferencia entre sus compañeros y él y su consecuente soledad:

Pero, aunque en los bancos de la escuela encontré algunos amigos queridos, de quienes nunca me han alejado los años ni la ausencia, la verdad es que mi auténtica vida infantil recorría una órbita aparte. Estaba más bien en mis lecturas, en mis reflexiones solitarias, en mis paseos por la huerta de casa, por el campo. Lo demás se me resbalaba por la epidermis.

Cuando recuerdo mis años infantiles, casi siempre me veo solo. Aunque rodeado de hermanos y de amigos, a todas partes iba encerrado en mi propia jaula invisible. (G y F, 35-36)

IV

*Man knows himself only in so far as he knows the world, and becomes aware of the world only in himself, and of himself only in it. Every new object, well observed, opens a new organ in ourselves...—
Goethe, Maxims and Reflections.*

El primer libro de memorias de Ermilo Abreu Gómez (1894-1971) está encabezado con un sencillo pero significativo epígrafe de Alfonso Reyes; “Qué madurez, qué diafanidad, qué equilibrio”. Abreu Gómez, contemporáneo de Reyes, es conocido como autor de algunas colecciones de cuentos y novelas de estilo sencillo y personajes indígenas de su provincia Yucatán: *Héroes mayas* (1942), *Naufragio de indios* (1951) y *Canek* (1959), y más quizá por sus libros de crudición y crítica, en especial, su obra sobre Sor Juana y otras biografías, como las de Juárez y San Francisco de Asís. Pero entre esta obra extensa y respetable de unos 45 títulos (es autor prolífico como Reyes)¹⁶, deben destacarse sus libros de memorias, sobre todo el primero, injustamente poco difundidos y conocidos¹⁷. La autobiografía de Abreu Gómez merece ser destacada en la literatura mexicana contemporánea, porque es una obra que bien refleja esas características citadas por Reyes de madurez, diafanidad y equilibrio.

La del alba sería ... se publicó en 1954 —el mismo año de la primera edición parcial de *Parentalia*— en una tirada de 2,000 ejemplares y no se ha vuelto a imprimir¹⁸. Lleva dos pequeños estudios preliminares, uno por Manuel Pedro González a propósito de sus memorias, y el otro como prólogo, por Ricardo Latcham¹⁹. Este crítico chileno comenta con perspicacia varios aspectos funda-

¹⁶ Entre su obra crítica más importante se cuentan tres libros sobre Sor Juana: *Iconografía de Sor Juana*, México, 1934; *La ruta de Sor Juana*, México, 1938; y *Semblanza de Sor Juana*, México: Ediciones Letras de México, 1938; una bibliografía de Ruiz de Alarcón, *bibliografía crítica*, México: Ediciones Botas, 1939, y varios libros sobre literatura española, entre ellos, *Don Quijote, genio y figura*, México: Costa-Amic, 1966.

¹⁷ Cecilia Silva de Rodríguez dedica un breve capítulo a las memorias en su libro, *Vida y obras de Ermilo Abreu Gómez*, México: *Boletín Bibliográfico de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público*, 1971. Además, Manuel Pedro González y Ricardo Latcham ofrecen buenos, aunque breves, estudios preliminares al primer volumen, *La del alba sería* ..., como hace Enrico Verísimo al segundo, *Duelos y quebrantos*.

¹⁸ Tampoco se han hecho más ediciones de las secuelas a *La del alba sería* ..., *Duelos y quebrantos* y *Andanzas y extravíos*.

mentales de su obra, especialmente la autobiografía; su estilo palpitante, su gran sentido de humor, y su técnica o arte de narrar.

Reyes inició sus *Albores* con un proemio dialogado con su hermano mayor para meterse en el pasado un poco anterior a su nacimiento. Abreu Gómez, en cambio, utiliza un recurso técnico epistolar y empieza sus memorias con su propio nacimiento. Todo el libro está enmarcado dentro de una voluminosa carta única escrita a María Asúnsolo que comienza así:

Queridísima María Asúnsolo: Nací el 18 de septiembre de 1894, en la ciudad de Mérida, capital de la Provincia de Yucatán. Nací a las doce del día. Nunca he sido tan puntual en mis citas. (LAS, 31)

Y termina más de 200 páginas y 25 años después diciendo:

Cuando salí de Mérida mi padre lloró y su llanto me duele todavía. Me embarqué en el vapor Morro Castle. Llegué a Veracruz el mismo día en que llegaron los restos de Amado Nervo, procedentes de Montevideo. El día siguiente partí para México.

Y así empezó para mí una nueva vida, llena de amor pero también de zozobras, y de tristezas. Queridísima María, si Dios me da vida, otra vez te contaré las cosas que me pasaron a partir de aquella fecha. Nunca te olvida, Ermilo. (LAS, 263)

A través del texto hay contadas alusiones a esta María, como en las líneas iniciales del capítulo entitulado "Farándules y medio farándul": "Ahora, mi querida María, en este nuevo pliego de mi carta, quiero contarte ciertas cosas curiosas tocantes al teatro de entonces" (LAS, 156). Pero la mayoría de las veces se alude a ella sin nombrarla, como, "Esto, no lo vas a creer, es más difícil de lo que parece" (LAS, 94). O este otro ejemplo:

Seguía luego otro patio donde estaba el común, al cual se subía por unas gradas de piedra, ya medio desmoronadas. Cuando llovía, las necesidades de la familia se interrumpían o había que recurrir a no sé qué expedientes raros, de los que no debo hablarte. Sería falta de educación. (LAS, 129)

La escasez de referencias a María a través de la carta/texto hace olvidarnos de ella y tenemos la impresión de que el tono íntimo y confidencial va dirigido a nosotros, los lectores. Intuimos que María es un persona importante en su vida, y

¹⁹ Latcham llegó a ser muy amigo de Abreu Gómez en Middlebury, Vermont, donde estuvieron los dos enseñando en la famosa Escuela de Verano un curso de literatura hispanoamericana contemporánea.

el autobiógrafo señala esto en otro lugar, donde atestigua que esta gran impulsora de la pintura y la literatura mexicanas era muy amiga suya²⁰. Abreu Gómez utiliza el mismo marco epistolar refiriéndose a ella en los otros dos libros de memorias, pero nunca explica en ellas quién es, como si esto no fuera necesario.

De esta manera, crea un aire de naturalidad. De todo el libro emana naturalidad —es uno de sus muchos aciertos— aunque muchas veces nos está hablando de personas o de cosas algo extravagantes.

Otro aspecto de la estructura de *La del alba sería* ... es su composición cronológica, aunque hay pocas fechas precisas mencionadas. La que reproducimos de su nacimiento es una excepción, y al final del libro, en los párrafos ya citados, sólo nos enteramos de la fecha de su partida para la capital de México por su alusión a la llegada de los restos de Amado Nervo de Montevideo, en 1919. Es cierto que la memoria de los hombres no está regida por fechas ni calendarios, sino por un tiempo más subjetivo e interior donde lo pasado y el presente tienden a contaminarse. Los que escriben autobiografías o memorias a menudo zigzaguean del pasado al presente al pasado otra vez, y esto lo vemos también en la obra de Abreu Gómez. Su texto consta de 31 pequeñas divisiones o capítulos sin numerar, la mayoría muy breves, pero con títulos como “Nacimiento”, “Mi padre y su familia”, “Mi madre y su familia”, “Mis hermanos”, “Los esclavos de mi casa”, “Los vecinos”, “Mi casa”, “El párvulo”, “Juegos infantiles”, “Las ferias de mi pueblo”, “Empiezo a garabatear”, “Ganapán”, etc. Aproximadamente dos terceras partes del volumen están dedicadas a su infancia en Mérida y la última y tercera a su juventud, donde empiezan los primeros amoríos y los primeros viajes (a Puebla a visitar a su abuela). El libro termina cuando deja atrás a su familia y su niñez en la provincia y parte definitivamente para hacer una nueva vida en la capital de México.

La del alba sería se estructura no sólo sobre un acontecer cronológico, sino también sobre un andamiaje anecdótico²¹. Esta rica fuente anecdotaria ameniza la lectura del libro y sirve como uno de los principales hilos conductores de su estructura interior. La mayoría de las anécdotas relatadas son divertidas, pintorescas, o hasta carnavalescas, pero además de esto, muchas están llenas de humanidad

²⁰ En un artículo de homenaje que sale en un libro llamado *María Asúnsolo*, recopilación hecha de Mario Colín, México, 1955, Abreu Gómez confiesa que es “sin duda la amiga que más quiero en México. Mi casa, mi mujer, mis hijos y yo, le debemos tales finezas que nunca sabríamos como agradecerlas.” (p. 10)

²¹ Esta misma técnica se puede apreciar mucho en las bien conocidas memorias de Pablo Neruda, *Confieso que he vivido. Memorias*, Buenos Aires: Losada, 1974.

y de un patetismo conmovedor, como la siguiente sobre el sombrero, que se halla a principios del libro, donde va presentando a su familia:

Mi tía Martina me llevó a bautizar. Fue, pues mi madrina. Una vez —la única vez— mandó a uno de sus criados para que me llevara a una tienda y me comprara un sombrero. Delante de mí, por lo bajo, dijo: “que no sea muy caro”. Me puse rojo, pero no dije nada. En la tienda y so pretexto de que no me gustaba ninguno, me quedé sin sombrero. Ella dijo que yo “era melindroso, cosa mala para un pobre”. En mi casa me regañaron. Fué injusto. Pero a los pocos días, como sin darle importancia al asunto, mi padre me compró un sombrero precioso y de mucha plata. (LAS, 44)

Amén de las anécdotas, podemos notar a través del texto de Abreu Gómez un afán casi enciclopedista en las abundantes descripciones de costumbres, sucesos y tipos yucatecos. Pero, a la vez, las descripciones suelen ser escuetas de palabras y muy acertadas en su caracterización de personajes. También a menudo sugieren mucho más de lo que dicen, como en la pequeña historia del sombrero.

En un sentido, *La del alba sería...* es un buen ejemplo de memorias que tienden a poner énfasis en la gente y las situaciones alrededor del autobiógrafo más que en él, y está de acuerdo con el epígrafe que pusimos de Goethe al comenzar esta sección de nuestro estudio —que por el mundo que le rodea a uno se va conociéndose mejor a sí mismo. Al observar las reacciones de Abreu Gómez con todo lo que le rodea, inferimos más de él, como en el caso del sombrero. Pero, de esta manera algo indirecta, recibimos una imagen bien clara y directa del autor, que no nos esconde su intimidad. Por ejemplo, nos confiesa el problema de incontinencia que tuvo de niño, y cómo le afectó cuando murió su tío Fernando de tuberculosis;

De pronto sentí que no pude más y me eché a llorar. Mi padre entonces me llevó a una cama. Arrebujado entre cobijas, creí oír la tos de mi tío. Me fui quedando dormido. A eso de la media noche desperté, me levanté, y encendí la vela que estaba sobre el buró. Mi padre vino y me dijo que me calmara. Me acostó de nuevo. Mi cama estaba húmeda; como otras veces, por miedo, me había orinado. (LAS, 142-143)

Como en el caso de Reyes, la casa de la niñez de Abreu Gómez asume proporciones agigantadas de significancia. Parece más importante que las personas, aunque por otras razones, y como Reyes, la añora con verdadero sentimiento de pérdida. La evoca así en el capítulo que se llama “Mi casa”:

Mis recuerdos más queridos se relacionan con mi casa. No sé por que es así, pero así es. Es posible que se deba esto a que, como estuve casi siempre enfermo, queriéndome mucho, como me querían, la mayoría de las veces me abandonaban a mi suerte, en cualquier rincón. Así le fui tomando cariño a las cosas que me rodeaban. Me hice a ellas o ellas se hicieron a mí. Para sus efectos da lo mismo. Ellas, de todas maneras, se me entregaban sumisas, cabaes. De este modo tuve más cosas que seres cerca de mí. Siempre preferí la naturaleza a las personas. (LAS, 54)

Su niñez estaba plagada de serias enfermedades como el paludismo, tan común en esas tierras tropicales. Describe sus efectos sobre su color así: “era verde, tirando a lechuga vieja. Más bien a repollo. Un día sí y otro no, me entraban fríos y luego calenturas” (LAS, 59). Nunca fue partidario de juegos ni de carreras ni de danzas. Hasta de grande, cuando aprendió a bailar, nos cuenta como un día salió con una chica y se cayó después de pisarle la falda: “viví retraído, como acurrucado. Creo que todo influía también en mi carácter” (LAS, 104). Este perenne vivir enfermizo del niño le causaba también cierto carácter hipocondríaco. Después de una grave enfermedad de su padre, a él también le atacó la idea de que le iba a dar un ataque igual. Empezó a sufrir fobias, pensaba que se estaba volviendo sordo, etc. (LAS, 209-210) Todo esto tiñe sus memorias a veces de una nota algo melancólica, pero no es la que domina, porque el gozo de vivir y su gran sentido de humor parece contagiar todo. Además, el haber sido tan enfermizo de niño parece haber agudizado sus poderes de observar; la observación natural del mundo que le rodea, el anhelo de participar con los otros niños, junto con el hábito de la compensación imaginativa. Esta observación pasiva del mundo circundante parece aumentarse con los años, y mientras empieza a fortalecer su salud, va cambiando de una actividad tímida y restringida a una vida más activa de adolescente y de persona mayor.

La del alba sería ... registra y evoca el pasado con cierta pasión. Pero no es tanto el pasado perdido para siempre lo que percibimos al leer, sino la alegría del autor que es capaz de resucitarlo, hacerlo vivo y presente. Sin embargo, hay momentos cuando la alegría se aleja, al relatar la muerte de su tío o su buen amigo Quero, o el derrame que sufre el padre. En estos momentos la máscara de humor que protege al autor declina. Son acontecimientos tan serios en su vida que años después no puede distanciarlos mucho. La alegría y el tono jocoso se notan especialmente a través del texto en las múltiples descripciones de ferias, carnavales y espectáculos de toda clase, mundos de escape y de ilusión. Abreu nos narra su fascinación de niño con el circo y el teatro, y después su interés profesional en ellos cuando por un tiempo fue cirquero y escribía obras teatrales. El aspecto

trascendental del carnaval, la feria, y el teatro es su irrealidad, donde todo parece un juego. Y el resultado para sus memorias es que las enriquece con un tono de ficción.

Aunque todo lo que cuenta sea verdadero, hay un dejo novelesco en muchas partes de su libro. Estas memorias, construídas sobre una firme base de realidad y de experiencias de niñez y de juventud en Mérida parecen traspasar a menudo lo prosaico y lo mundano y entrar en la frontera donde la ficción es tan significativa como la realidad —o para usar las palabras de Reyes— donde la historia parezca algo sollamada de leyenda.

Esta dimensión ficcional es uno de los encantos de las memorias de Abreu Gómez, junto con su humorismo y su estilo sencillo y palpitante. No importa en cuál de los dos mundos estamos —el de la verdad o el de la ficción— porque creemos todo lo que nos relata y compartimos con él todos los gozos y sufrimientos de su vida cotidiana. Al final, tenemos una imagen clara del autor, no sólo de su ambiente y exterior sino también de su personalidad más íntima.

